

XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires, 2009.

Reclamo punitivo, miedo y política. Sobre las retóricas impolíticas de las víctimas.

Mercedes Calzado y Shila Vilker.

Cita:

Mercedes Calzado y Shila Vilker (2009). *Reclamo punitivo, miedo y política. Sobre las retóricas impolíticas de las víctimas. XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Asociación Latinoamericana de Sociología, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-062/328>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Reclamo punitivo, miedo y política

Sobre las retóricas impolíticas de las víctimas

Mercedes Calzado

calzadom@gmail.com

Shila Vilker

shilavilker@gmail.com

Instituto de Investigaciones Gino Germani - UBA

I.

Ante la cercanía de un enfrentamiento electoral, pensar la articulación entre seguridad - entendida como el principal reclamo social- y política resulta insoslayable y, a la vez, obvio. Sin embargo, antes que de este natural entramado, es preciso dar cuenta de la característica inversa: esto es, habría que pensar los rasgos (aparentemente) impolíticos que asume la demanda securitaria y punitiva, sobre todo en la figura y en la voz de la víctima. En este sentido, el problema de la seguridad permite pensar los modos en que se redefinen las relaciones entre ciudadanía y gobierno.

En este trabajo tomamos el Mapa del Delito producido por Francisco De Narváez como lente a través del cual observar las tensiones que hacen fluctuar, ocultan, desplazan y vuelven inaprensibles las fronteras políticas del problema de la seguridad. Analizamos cómo la construcción de estadísticas (opacada o desmontada desde el Estado) resurge a través del uso de fuentes informales, vivenciales y testimoniales. Apelando a la territorialidad geográfica, se traslada el saber sobre la seguridad de la cúpula de los expertos y/o funcionarios a la experiencia (legítima) de las víctimas.

El Mapa del Delito “*se construye entre todos y para todos*”: permite incluir las vivencias individuales (con un pinche y un testimonio), formar cadenas de hechos, y acercar sufrimientos y temores. Es decir, hace tangible la sensación de inseguridad y se conforma como una “*herramienta de defensa*” (en palabras de sus creadores) para prevenir futuros delitos. De esta manera, nos detendremos en los rasgos de un instrumento electoral novedoso que, paradójicamente, define una ilusoria intervención ciudadana sobre el problema de la seguridad por fuera del entramado político.

II.

A principios de diciembre de 2008, los medios gráficos acercaban una nueva propuesta securitaria. Aunque por aquellos meses la agenda mediática no colocaba al tope la problemática de la inseguridad, la crítica por la falta de estadísticas oficiales (sobre inflación y delito, especialmente) daba cuenta de un vacío sobre el cual era posible construir demanda participativa. El Mapa de la Inseguridad (www.mapadelainseguridad.com) se anuncia desde su sitio web como un espacio “*hecho por y para la gente*”, como un medio en el que “*cada víctima o testigo de un hecho de inseguridad, podrá reportarlo, sabiendo que ese dato servirá para prevenir otros delitos*”. Su objetivo es que “*se conozcan los hechos de inseguridad que se viven en la Provincia de Buenos Aires para que de esa manera se tenga un diagnóstico de lo que sucede, se prevengan nuevos delitos y se encuentren las soluciones de fondo que la sociedad necesita*”. Si el Estado niega información, si desecha la inseguridad por ser sólo una sensación, “la gente” puede intervenir generando su propio relato (desde un diagnóstico común) y su propia prevención (desde una herramienta estadística).

El mapa¹ fue presentando en los medios por Francisco De Narváez, tempranamente lanzado a la candidatura a diputado por la provincia de Buenos Aires. Sin embargo, una vez que se ingresa a la página web, esta clase de personalismos se oculta, quizás porque el diagnóstico de la crisis sólo puede hacerse “entre todos”. Formalmente, se señala que el mapa fue realizado por el Instituto de Seguridad y Justicia de la Fundación Unidos del Sud (financiada por el candidato) y se abandona cualquier alusión a nombres propios, sólo las víctimas pueden ingresar como sujetos individualizados.

¹ Son notorias las similitudes que existen entre el “Mapa de la Inseguridad” y el sitio mexicano “No te calles” producido por el Instituto Ciudadano de Estudios contra la Inseguridad (ICESI) formado por espacios académicos como la UNAM, cámaras empresariales y algunas fundaciones. Este sitio comenzó a funcionar en 2006 con el objetivo de generar participación para que quienes hayan sido víctimas de delitos denuncien los hechos y mediante estos datos se puedan generar herramientas estadísticas para enfrentar el problema de la inseguridad (www.notecalles.org.mx).

Dos mapas, un territorio, dos realidades próximas. Apenas abrimos la página inicial brotan las contigüidades: de la escueta cartografía preliminar de la provincia de Buenos Aires, se proyecta hacia la derecha, como el reflejo de un faro que alumbra las semejanzas, el plano de la Ciudad de Buenos Aires. Si el navegante es porteño también puede reconocerse como víctima (pese a la negación oficial). La Ciudad refleja la crisis de la inseguridad, el delito dejó hace tiempo de ser un rasgo propio de las profundidades del conurbano.

Por sobre los mapas, los caracteres grises y rojos acompañan la designación del sitio: “Mapa de la Inseguridad”. Quien se acerca a la página sabe que en los próximos minutos encontrará “materia gris”, una racionalidad capaz de diagnosticar y pensar modos de gestionar la inseguridad. Las grisáceas letras iniciales (“Mapa de”), permiten entrever que no estaremos solos en el turbulento recorrido en el que nos sumergiremos al explorar la página: alguien está pensando (por nosotros, con nosotros) cómo resolver la crisis. Pero también estamos seguros de que circularémos electrónicamente la misma cotidianeidad del delito que experimentamos al salir a la calle: el bermellón que rellena la traza de “Inseguridad” nos adelanta un peligro ya conocido.

Por debajo de los caracteres preliminares se despliegan los dos mapas: el de la Provincia y el de la Ciudad. El azul que los compone se interrumpe sólo por las marcas de los delitos, por las flechas que indican los acontecimientos violentos de ambos territorios. Pero la atención que producen las marcas es indirectamente proporcional a los porcentajes de los delitos que figuran en las tablas estadísticas de las denuncias realizadas en el sitio. Las flechas rojas y naranjas resplandecen y parecen inundar el azul del territorio. Sin embargo, los homicidios indicados con el rojo sólo representan, del total de delitos denunciados por los usuarios del Mapa, el uno por ciento en la Ciudad y el dos por ciento en la Provincia. Lo mismo sucede con los abusos y violaciones (marcados con naranja) que ascienden al uno por ciento en ambas zonas.

El robo y el hurto se señalan con un pinche celeste y el robo con arma de fuego con uno azul. Según los datos que recoge el sitio, el primer tipo de delito representa el 44 y 57 por ciento, respectivamente en la Provincia y en la Ciudad. Por su parte, los robos con armas llegan al 38 por ciento en territorio bonaerense y al 24 en el porteño. De esta manera, mientras que los hechos más graves son estadísticamente menores pero más visibles, los delitos más cotidianos, como los hurtos y los robos (con o sin armas), se desdibujan en la extensión del territorio, parecen ya formar parte del propio terreno. El celeste y el azul son los tonos que manchan todo el mapa, lo contagian (lo

naturalizan), pero el rojo y el naranja nos aseguran que la violencia puede ser aún peor, debemos ser capaces de ver su potencialidad.

Una vez que ingresamos a alguno de los dos mapas, nos acercamos al espíritu de la página: realizar la denuncia y ver el testimonio personal inserto en la pantalla. Si bien a lo largo de toda la página el destinatario se construye como víctima, esta interpelación se refuerza en el momento en que el usuario realiza una denuncia. La amenaza para ese sujeto dejó de ser potencial y debe testimoniar su victimización real. El usuario ingresa el barrio, la calle, la fecha y la hora en el que sucedió el hecho. Luego de mostrar las coordenadas del delito, ingresa a una segunda pantalla que le da derecho a un nombre (puede colocar sus datos personales) y a una voz (describe qué sucedió).

Las denuncias son muy disímiles por su relevancia y por el grado de certeza del testimonio. Por un lado, se encuentran los testimonios que dan precisiones completas del delito del que fueron víctimas: *“Fui rodeada por cuatro adolescentes que me pusieron un cuchillo en el cuello y me robaron la cartera y me golpearon”*, denuncia Guadalupe de Villa Lugano. *“Venía con mi auto por Correa cuando de los edificios salen 5 muchachos uno armado con una escopeta, se me ponen delante del auto, yo acelero y se escucha un tiro. Por suerte no paso nada, pero no recomiendo pasar por la zona. La policía inexistente en las cuadras de alrededor, di vueltas buscando y no encontré uno. NO PASAR POR LA ZONA”*, alerta con mayúsculas de susto un vecino de Saavedra. La desatención policial se replica con la judicial: *“Llegaba a la puerta de mi edificio y un chico de aproximadamente 15 años, pelo teñido de amarillo, me amenazó para entrar al edificio conmigo, yo le dije que no, me alejé de él y los vecinos me ayudaron. Luego quiso hacerlo mismo con un chico en un edificio de la cuadra, por ello llamé al 911, vinieron dos móviles pero no lograron atraparlo porque escapó y me informaron que el menor de edad ya entró varias veces a la comisaría pero sale por su condición de menor”* (Gastón de La Plata).

Por otro lado, otras voces simplemente comentan apreciaciones sobre presuntos hechos delictivos: *“constantemente en la zona actúan bandas de extranjeros peruanos y chilenos robando preferentemente a turistas con la modalidad descuidistas, pungistas, mostaseros y arrebatos”*. Este vecino de Retiro recuerda los estereotipos que se deben temer, los personajes a los que hay que estar alertas para evitar convertirse en víctimas. También los denunciantes advierten, como Bernarda de Caballito, sobre las zonas que se deben eludir en algunos barrios, las calles intransitables, los rincones vedados para los vecinos: *“en la calle Riglos entre Rosario y Rivadavia se junta una bandita de adolescentes, los cuales apuran verbalmente a quienes pasan por allí. En mi caso eran dos chicas de 17 años aproximadamente, no estaban armadas pero en su aspecto eran de temer”*. Las generalidades denunciadas desde el miedo se transforman en

hechos reales cuando ingresan a la estadística con el mismo grado de legitimidad que el testimonio sobre un delito. Para disminuir la potencialidad del ataque, no hay mejor defensa que estar alertas.

Los denunciantes muestran que el hecho más pequeño puede ser un motivo para transformarse en víctima, aun en territorios que hasta hace poco tiempo les pertenecían: *“un cuida choche me quiso cobrar por estacionar mi auto frente a mi casa, yo le digo que su actividad es ilegal y que de ninguna manera le voy a pagar. Tengo un automóvil de 40 años y el tipo me arrebató”* (Eduardo de La Boca). El mapa no sólo interpela como testigos y como víctimas, sino como individuos repletos de hartazgo que deben hacer algo más que recurrir al Estado: enfrentarse al otro (al que *“de ninguna manera se le va a pagar”*), mostrar las desdichas compartidas a través de las denuncias en el sitio web y diagnosticar el problema (generando y exhibiendo las estadísticas negadas por el Estado).

Las fuentes informales narran vivencias territoriales, acercan un saber sobre lo inseguro al que sólo se accede en calidad de víctima (o de potencial víctima). Por eso es irrelevante si las descripciones definen hechos delictivos o sólo caracterizan el temor. En ambos casos se resalta el diagnóstico de crisis, la legitimidad del testimonio, la tangibilidad de la sensación de inseguridad y la necesidad de establecer barreras de defensa.² La fuente informal es legítima por la propia imagen del enunciator que define el texto: nosotros, las víctimas³. El mapa delimita las fronteras para que el nosotros no se diluya en el ataque de lo abyecto, se establece como una de las últimas trincheras en la desigual batalla contra el miedo.

II

Queremos pensar la relación que se establece a partir de un determinado tipo de interpelación. El discurso político ha dejado de interpelar ciudadanos, en su lugar adviene la víctima⁴. Este sutil desplazamiento resulta fundamental para explicar la crisis normativa de la Argentina de los últimos tiempos. En particular queremos comenzar explicando que la víctima anuncia la crisis de todo derecho. La ciudadanía se constituye como ejercicio de derechos y

² Por eso el sitio publica información para saber cómo enfrentarse al delito: dónde pedir asistencia, dónde denunciar, qué hacer en caso de secuestros, violaciones, violencia familiar.

³ Enunciador y enunciatario se articulan desde una clave moral: es una comunidad de los “decentes” como sostiene Murillo, enfrentada con los (políticos) corruptos y los delincuentes (protegidos por el Estado). Véase Murillo, Susana, *Colonizar el dolor. La interpelación ideológica del Banco Mundial en América latina. El caso Argentino desde Bumberg a Cromañón*, Clacso Libros, Buenos Aires, 2008.

⁴ Frente a la crisis de las identidades políticas tradicionales, el *paradigma victimizante* se instala como marco propicio para la generación de nuevos actores políticos. Véase Pitch, Tamar, *Responsabilidades Limitadas. Actores, Conflictos y Justicia Penal*, Ad-Hoc, Buenos Aires, 2003.

obligaciones. Es la doble cara, el reverso y el anverso el espíritu que anima la vida ciudadana. Con la crisis de la seguridad muere la ciudadanía y con ella la trama doble que sostenía el orden del derecho positivo. La víctima sólo tiene derechos. La víctima no tiene obligaciones.

En un mundo cruzado por el miedo⁵, es lógico que asomen nuevos perfiles sociales: la víctima ocupa ese lugar y es el síntoma de época por excelencia. Nuestro mundo es el de las víctimas. Y no hay víctimas sin victimarios. Pero tampoco sin victimólogos: todos aquellos que se asumen como representantes de la víctima son los grandes voceros del temor; amplifican el pánico⁶, le auguran una carnadura.

La víctima en tanto tipo social emergente obedece a la nueva gramática social, domada más por la fusta de la exclusión que de la inclusión. La nueva gramática de la exclusión social, pues, no supone tanto el fin del pacto social, cuanto la emergencia de uno nuevo. Con esto, entramos de lleno al campo de la política.

En los últimos años el carril de la política profesional⁷ comenzó a andar por un andarivel muy distinto al del ciudadano tipo, desvinculado, descreído y filtrado de sospecha⁸. Un punto de máxima tensión, y a la vez dato sintomático, en esta nueva escena lo constituyó la crisis del 19 y 20 de diciembre de 2001 que sintetizaba la sensibilidad de época con la consigna “que se vayan todos”. Este divorcio entre la política y la sociedad civil tiene mucho que ver con la nueva condición de inseguridad vital. Pues lo que allí se puso de manifiesto es la precariedad existencial, la falta de reaseguros, pero también la búsqueda y constitución imaginaria de víctimas y culpables.

Muchos de los protagonistas caceroles de aquellos días afiebrados fueron, a su vez, los mismos prolijos y civilizados ciudadanos que asistieron a las marchas convocados por Carlos Blumberg reclamando seguridad. Ejercicio esquizofrenizante⁹, si se quiere, pues se reclama a las instancias de las que ya no se espera nada. Sin lugar a dudas, ejercicio político; pero más de

⁵ Cuando el miedo se vuelve inmanente, constitutivo, elemento aglutinador de lo social, su dirección se vuelve inespecífica: simplemente se teme y este temor es prerreflexivo.

⁶ Desde *Todos somos Cabezas*, todos somos víctimas. Y, en tanto víctimas, nuestros representantes nos proponen actuar, participar, intervenir (¿virtualmente?): “Sumate al grupo de Todos Contra la Inseguridad en Facebook”, sugiere el Mapa.

⁷ ¿O profesionalización de la política?

⁸ Juan de Mar del Plata denuncia: “Ahí se encuentra la comisaría en donde el lema en vez de servir y proteger es tranzar y facturar. No hacen nada, saben quiénes son los ladrones y ventas de droga en el barrio en general y no hacen nada, es más hasta dejan la duda de que ellos mismos están atrás de esos delitos entregando y liberando zonas. ¡Tendrían que volarlos a todos!”.

⁹ No nos sorprende la emergencia de este sentir disparejo; ya hemos escuchado sobradamente a los vecinos de la Ciudad de Buenos Aires quejándose, en la misma frase, de la policía del siguiente modo: “La policía es corrupta, y además es escasa”. Debemos esta frase a Emilio de Ipola.

virtuales o actuales víctimas que de ciudadanos. Algo del estilo, una continuación de este enrevesado modo de acercarse y esquivar el mundo político se observa en el Mapa de la Seguridad.

En todas estas instancias, marchas y mapas, prima, arriesgamos, un sentir similar: la precariedad; por un lado, precariedad de la vida; por el otro, relajamiento de los marcos normativos; pero también y no menos, fracaso del Estado para hacer frente al reclamo más elemental de la ciudadanía: protección y seguridad.

Recién hemos hablado de la esquizofrenia del gran melodrama contemporáneo; el melodrama contemporáneo es el del ciudadano atemorizado, amedrentado. Como el miedo es siempre lo más inmediato, la historia se desmaterializa. Por ello, a él están unidos los comportamientos y las demandas más irracionales y prerreflexivas; pero por ello mismo, el miedo es, también, el fin de la historia. Entonces: ¿es posible hacer política sin historia? Sí, siempre y cuando la política se revuelva a la naturaleza; sí, siempre y cuando la política se vuelva biopolítica. No hay que olvidarse que el miedo es del orden de lo prepolítico (o, en todo caso, un elemento que insiste y subsiste en la política). Y este es el punto en que miedo, inseguridad y política se entroncan.

Ante esta situación, el nuevo reclamo -que no sólo cobra forma en marchas sino también en las encuestas de opinión¹⁰ a las que la política profesional es cada vez más afecta-, evidencia un doble fenómeno: por un lado, el Estado se retrae; por el otro, al Estado -en tanto ente aglutinador de la política- y a sus representantes -o aspirantes a representantes- se les exige (exigencia que es correspondida de un raro modo pero correspondida al fin) la intromisión en lo más privado.

A su vez, el miedo como sensibilidad prepolítica se vuelve un organizador social; esto es, se politiza.

Entre estas dos vertientes -la retracción del Estado, pero también su vuelta biopolítica-, una explosión de microfascismos y una más que aceiteada expansión del control social capilar cobran forma a instancias del ciudadano que pide y descrea a la vez. Entendemos que el control social no institucional acompañado de microfascismos se expande de modo abrupto cuando los

¹⁰ Sobre la incidencia de las encuestas en la política contemporánea véase Caletti, Sergio, "Decir, autorepresentación, sujetos. Tres notas para un debate sobre política (y comunicación)", en: Zires, Margarita y Gutiérrez, Silvia, *Vínculos entre comunicación y política. Nuevas aproximaciones*, Maestría en Comunicación y Política, UAM-Xochimilco, México, 2004 (en prensa).

vecinos forman corredores de seguridad¹¹. Junto a estas formas, la ciudadanía también se arma por su cuenta¹². Una vez más: el gesto del buen ciudadano -que toma el recaudo de realizarlo legalmente- que se autopercibe por fuera del campo de la política; sin embargo, y también una vez más, hay que comprender que tomar las armas es ya prepararse para matar. ¡Vaya si esto no es del orden de la política!

El nuevo sujeto de la acción política no se reconoce en tanto tal pues accede al espacio público y en él se hace visible en calidad de víctima y espera ser interpelado en cuanto tal. Quizás, incluso, accede y se visibiliza como víctima no menos que como consumidor. Esto es, accede al espacio público reclamando no como aquel que cumple con su deber y paga sus contribuciones sino como el consumidor al que no le están brindando o garantizando el servicio acordado: el de la seguridad. Son usuarios y víctimas antes que ciudadanos.

Tal vez esta sea la clave para comprender lo que antes hemos descrito como esquizofrenia del manifestante. No se trataría, desde esta óptica, de un ciudadano descreído que reclama a las mismas instancias en las que ya no cree sino de usuarios que demandan al Estado en tanto consumidores del servicio de seguridad. El reclamo que los aúna es siempre del orden de lo individual; fin del espacio común. En definitiva, podríamos hablar de un desfase entre el Estado y la ciudadanía. O, más bien, de un desfase representativo. En esta grieta agitada por el miedo que dicta la instantaneidad, la historia avanza y la política se rehace.

Ecuación nietzscheana: todo perjuicio puede ser compensado por un dolor. Extraña lógica de compensación, ésta, que al que teme se le restituya con un sentimiento de bienestar causado por la violentación de aquello que lo amedrenta. A esta compensación, Nietzsche la llama derecho a la crueldad¹³. Y nuestras sociedades se han vuelto cada vez más crueles, cada vez más animales. Frente a esto, la política ha dejado de ser una fuerza activa, se ha transformado en una fuerza absolutamente reactiva. El tipo social emergente, la víctima, valida y legitima los nuevos ejercicios de crueldad.

¹¹ Ante un Estado que se percibe ausente, la (potencial) víctima es quien –en última instancia- tiene el derecho (y el deber) de defenderse: “Me quisieron robar cuatro chicos... dos con cuchillos... va uno era un vidrio... de 14 o 15 años... yo tengo 18, cumplía ese día... *por suerte les pegué a los dos* y después corrí para la estación. Hagan algo, la próxima capaz que no tenga esa suerte”, Facundo de Moreno.

¹² Es sintomático, al respecto, el incremento de armas registradas en el RENAR.

¹³ Véase Nietzsche, Friedrich, *La genealogía de la moral*. Segunda parte. Alianza Editorial, Madrid, VVEE.

La ciudadanía-atemorizada (si es que este par es posible) pone en evidencia que la tensión entre demanda ciudadana y política reactiva gira en torno a una vuelta al estado de naturaleza. Esto, que a primera vista pareciera ser una contradicción, amerita una explicación. No se nos escapa que el estado de naturaleza es precisamente la instancia prepolítica, aquello que, precisamente, desde una perspectiva hobbesiana la política conjura. Sin embargo, este miedo que domina tal estado prepolítico es, a la par, la matriz fundacional de la política moderna. En este sentido, insiste y subsiste en la lógica de la política contemporánea.

En este pacto, entonces, nuestras sociedades de conjura se han organizado en torno a las garantías de seguridad; cuando ellas se desgranán, el fantasma del miedo y la disolución social vuelven a escena. Esta vuelta a escena no supone, necesaria y literalmente, una vuelta al estado prepolítico; antes, actualiza un horror –persistente pero secreto- fundante de la política, la obliga a nuevos pactos, y a la redefinición de pertenencias.

Así, en esta nueva vuelta de tuerca que impulsa y transforma la política, habrá que contemplar dos fenómenos: por un lado las nuevas formas de inmunidad que la ingeniería social despliega en biopolíticas¹⁴; por otro, la representación del delincuente (que aparece, cada vez más, alejado y desligado de la noción de ciudadanía) que despliega la presión inversa, la que la ciudadanía atemorizada ejerce sobre las instituciones de gobierno. Cada una a su modo, redefine los límites del control, tensionan el Estado de derecho¹⁵ y la definición de ciudadanía.

¹⁴ Al respecto, vease Agamben, Giorgio, “No al tatuaje biopolítico”, en *Otra Parte* n° 2. Buenos Aires, invierno de 2004 y *Homo Sacer I. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, Editorial Pretextos, 1998.

¹⁵ Un Estado de seguridad-total (la conjura de todas las amenazas) es el revés de un Estado de derechos y garantías, es decir, es un Estado absoluto. Damos por sentado que el reclamo por el derecho a la seguridad es legítimo; sabemos, también, que llevar a un punto extremo la lógica de la seguridad vulnera otros derechos conquistados que nos preservan de nosotros mismos.

Bibliografía citada

- Agamben, Giorgio, "No al tatuaje biopolítico", en *Otra Parte* nº 2. Buenos Aires, invierno de 2004
- Agamben, Giorgio, *Homo Sacer I. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia, Editorial Pretextos, 1998.
- Caletti, Sergio, "Decir, autorepresentación, sujetos. Tres notas para un debate sobre política (y comunicación)", en: Zires, Margarita y Gutiérrez, Silvia, *Vínculos entre comunicación y política. Nuevas aproximaciones*, Maestría en Comunicación y Política, UAM-Xochimilco, México, 2004 (en prensa).
- Castel, Robert, *La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?*, Buenos Aires, Manantial, 2003.
- Murillo, Susana, *Colonizar el dolor. La interpelación ideológica del Banco Mundial en América latina. El caso Argentino desde Bumberg a Cromañón*, Clacso Libros, Buenos Aires, 2008.
- Nietzsche, Friedrich, *La genealogía de la moral*. Segunda parte. Alianza Editorial, Madrid, VVEE.
- Pitch, Tamar, *Responsabilidades Limitadas. Actores, Conflictos y Justicia Penal*, Ad-Hoc, Buenos Aires, 2003.

Otras fuentes consultadas

- www.mapadelainseguridad.com
- www.notecalles.org.mx